

»el tratado rompieron, pero pronta
»y dolorosa muerte les aguarda;
»pues, violando la tregua, los primeros
»han sido que la lid han comenzado.»

Dijo, y Agamenon pasó adelante
gozoso el corazón. Y recorridas
otras muchas legiones, donde estaban
los Ayaces llegó, que diligentes
tomaban la armadura, y numerosa
escuadra de guerreros les seguía,
peones todos. Cual oscura nube
que del zéfiro al soplo caminando
por encima del mar viene cargada
de mucha tempestad, y desde el monte
la divisa el cabrero, y le parece
negra como la pez, y se horroriza
al verla, y el ganado antecogiendo,
á una cueva le guía; tal entónces,
de los Ayaces á la voz, marchaba
al enemigo la falange espesa
de sus guerreros, jóvenes briosos,
de relucientes picas erizada,
y de fuertes escudos defendida.

El poderoso Agamenon, al verlos,
alegre dijo en halagüeñas voces:

«Ayaces, adalides esforzados
»de los valientes Griegos! Á vosotros
»yo no os encargo (injuria se os haría)
»que al combate animeis á las escuadras:
»ya vuestra voz los llama á la pelea.
»Y ojalá, padre Jove! Pálas! Febo!
»que todos en el pecho tales bríos
»tuviesen y valor! No tardaría
»la ciudad del Rey Príamo sus muros
»en humillar al suelo, conquistada
»por nuestro fuerte brazo y destruida.»

Dijo: y allí dejando á los Ayaces,
adelante pasó, y encontró á Néstor,
que ordenando sus tropas, al combate
las animaba en elocuentes voces:
y á su lado asistian los primeros
caudillos de la hueste numerosa,
el alto Pelagonte, Alástor, Cromio,
el poderoso Hemon, y el aguerrido
claro adalid Biantes. Los caballos
con los carros y arduos conductores
puso en primera fila; á retaguardia
colocó numerosa infantería
de escogidos guerreros, porque fuesen
impenetrable muro en la pelea;

y en el medio encerró los más cobardes,
para que mal su grado todos ellos
pelearan por fuerza. Dirigía
entónces el anciano sus consejos
á los fuertes caudillos que en los carros
debían combatir, y les mandaba
que firmes los caballos sujetasen
y en desórden la escuadra no pusieran.

«Nadie (decía) en su valor fiado,
»y en su pericia en manejar bridones,
»fuera salga de filas deseoso
»de combatir él solo con los Teucros,
»ni retroceda: si la union os falta,
»ménos fuertes sereis. El que perdido
»su carro hubiere, y al ajeno venga,
»á pié combata con la pica en mano;
»que con esta prudencia los antiguos
»ciudades y murallas destruyeron.»

Así el anciano, que aprendido había
desde muy jóven de la guerra el arte,
animaba á los suyos; y el potente
Agamenon, al verle, complacido,
así dijo en palabras voladoras:

«¡Ojalá, anciano, que mover pudieras
»tan ágil las rodillas, y tuvieses
»tan entero el vigor, como en el pecho
»firme conservas el valor antiguo;
»pero ya la vejez, que no perdona
»á ninguno, tus fuerzas debilita.
»¡Ah! Si hacerse pudiera que algun otro
»cargase con tus años, y tú fueses
»contado entre los jóvenes robustos...»

Respondió Néstor: «Glorioso Atrida,
»mucho tambien yo mismo deseara
»la pujanza tener que en otro tiempo,
»cuando con esta mano al valeroso
»Ereütalion quité la vida;
»pero nunca á los hombres las deidades
»todos los bienes juntos concedieron.
»Si entónces yo era mozo, la rugosa
»vejez me oprime ya. Mas no cobarde
»evitaré la lid; que entre los carros
»el mio se hallará, y en la pelea
»animaré con voces y consejos
»á los jóvenes: único servicio
»que prestar pueden los que son ancianos.
»Los de ménos edad, ya que nacieron
»después que yo y se precian de valientes,
»tiñan en sangre las agudas lanzas.»

Así Néstor habló; pero el Atrida,

alegre el corazón, pasó adelante.
Y al hijo de Petao, al valeroso
jinete Menesteo, halló parado,
y en torno de él estaban reunidos
los Atenieses; y el sagaz Ulises
cerca de allí y ociosas las escuadras
tenía de los fuertes Cefalénios.

Lo voz de ¡al arma! ¡al arma! en este lado
no resonara aún; que las falanges
de Aquivos y Troyanos empezaban
entónces á moverse, y detenidos
Menesteo y Ulises con sus tropas,
esperaban á ver si otra columna
de los Griegos en marcha se ponía,
y el combate empezaba al enemigo
acometiendo. Cuando allí parados
Agamenon los vió, culpó ceñudo
su tardanza en marchar á la pelea.

«¡Oh tú, hijo de Petao (les decía),
»el Rey amado del Saturnio Jove!
»y tú, el fecundo en ruines artificios,
»de corazón falaz! ¿así medrosos
»evitais el combate, y esperando
»estais á que los otros escuadrones
»acometan? Vosotros deberíais
»en la primer escuadra presentaros,
»y en ardiente pelea al enemigo
»embestir animosos. Los primeros
»por mí sois á la mesa convidados,
»cuando á los Jefes de la hueste griega
»espléndido convite los Aqueos
»dan en mi tienda; y delicioso entónces
»es regalarse con la carne asada,
»y las copas beber de dulce vino
»sin número ni tasa. Así este día
»grato os fuera tambien estar mirando
»cómo, aunque fuesen diez, otras columnas
»de los Aquivos con el duro hierro,
»mucho ántes que vosotros, al combate
»principio daban.» El sagaz Ulises,
con torva faz á Agamenon mirando,
le respondió iracundo: «¡Hijo de Atreo!
»¿qué palabra tu lengua ha proferido?
»¿cómo á decir te atreves que en la guerra
»nos mostramos cobardes? Cuando ahora
»la terrible batalla comencemos
»Teucros y Aquivos, ya verás, si quieres
»y tímido no evitas la pelea,
»de Telémaco al padre combatiendo
»con los más valerosos campeones

»de los Troyanos, y que en vano ahora
»agraviar su valor tu voz procura.»

Cuando vió Agamenon que el fuerte Ulises
se mostraba enojado, sonrióse,
y en cariñosa voz así le dijo:
«¡Noble hijo de Laertes, sabio Ulises!
»Ni reprenderte ni animarte ahora
»con mi voz he querido. Bien conozco
»que dentro el corazón tú los consejos
»más útiles preparas, y deseas
»lo que yo. Marcha, pues; que ya otro día
»te desagruaré, si, por desgracia,
»duras fueron mis voces. Las deidades
»hagan que el viento mis palabras lleve.»

Así dijo; y dejando á Menesteo
allí y á Ulises, caminó adelante
á recorrer los otros escuadrones.
Y encontró al animoso Diomédes,
el hijo de Tideo, que subido
en su luciente carro y los fogosos
bridones deteniendo con las riendas,
no formaba sus tropas; y á su lado
á Esténelo tenía, el atrevido
hijo de Capaneo. El poderoso
Agamenon, al verle, su tardanza
así culpó con ásperas razones:

«¡Y este es el hijo del jinete ilustre
»y belicoso campeón Tideo!
»¿Cómo así, tan cobarde? ¿Por qué ocioso
»estás mirando desfilar las tropas?
»No solía Tideo en los combates
»mostrar ese temor: siempre el primero,
»y mucho de su gente adelantado,
»cargaba al enemigo. Así lo cuentan
»los que le vieron pelear: yo nunca
»con él en las batallas me he encontrado,
»ni sus hazañas ví; pero su aliento
»es fama que al de todos excedía.
»Vino, sí, con el claro Polinice
»á Micéna un tiempo y á mi casa;
»no la guerra á intimar, sino á pedirnos
»tropas con que sitiar los fuertes muros
»de Tébas, á la cual la guerra entónces
»llevaban. Admitidos á la junta,
»suplicaron al pueblo de Micéna;
»que les diese escogidos auxiliares;
»y dárselos quería, y aceptaba
»la propuesta que hicieron; pero Jove,
»con infaustas señales, de cumplirlo
»nos apartó. Salieron: y llegados

»después de luengas marchas á la márgen
 »del Asopo, de yerbas alfombrada
 »y de espesos juncuales guarnecida,
 »enviaron los Jefes á Tideo
 »de embajador á Tébas. Marchó el héroe,
 »llegó, y en el palacio del famoso
 »Eteocles, en convite reunidos,
 »á muchos encontró de los Cadmeos.
 »Y aunque extranjero, y solo, y rodeado
 »de tantos campeones, cobardía
 »Tideo no mostró; que valeroso
 »á singular certámen los retaba.
 »Y vencedor en las diversas lides
 »fácilmente salió, porque Minerva
 »á su lado asistía; y los Cadmeos,
 »altamente irritados, en celada
 »poderoso escuadron, cuando volvía,
 »de jóvenes cincuenta colocaron.
 »Dos eran los caudillos: el valiente
 »Mayon, hijo de Hemon, y el belicoso
 »Licofóntes, de Autófono nacido;
 »Pero Tideo, á los demás la vida
 »quitando, y á Mayon, porque los Dioses
 »se lo mandaran, perdonando sólo,
 »á Tébas permitió que se volviese.
 »Tal fué Tideo; pero tuvo un hijo,
 »que si mucho en facundia le aventaja,
 »también le es inferior en la pelea.»

Así habló: y el valiente Diomedes,
 respetando del Rey el justo enojo,
 nada le replicó. Mas el osado
 hijo del orgulloso Capaneo,
 airado respondió: «No ya tú niegues,
 »oh hijo de Atreo, la verdad ahora.
 »Nosotros con razon nos gloriamos
 »de exceder en valor á nuestros padres;
 »pues conquistamos la ciudad de Tébas,
 »sitiado habiendo su anchuroso muro
 »de siete puertas, en feliz auspicio
 »y en el favor de Jove confiados,
 »con escuadron menor que el que llevaran
 »los siete Jefes que en igual empresa
 »por su imprudente arrojo perecieron.
 »Así, jamás nuestro valor y el suyo
 »en precio igual estimes.» Y Diomedes,
 con torva faz á Esténelo mirando,
 iracundo le dijo: «Calla, joven,
 »y obedece á mi voz. Yo no me ofendo
 »de que así Agamenon á las escuadras
 »anime á pelear. Suya la gloria

»será, si los Aquivos campeones
 »vencen á los Troyanos y conquistan
 »la fuerza de Ilion; mas si vencidos
 »los Griegos fueren, la deshonra suya
 »habrá de ser también. Así, nosotros
 »sólo en mostrar nuestro valor pensemos.»

Así dijo: y cubierto con sus armas,
 desde el carro saltó sobre la arena;
 y al dar el salto, el sonoro bronce
 con espantable ruido sobre el pecho
 del Príncipe crujió, y el más valiente
 temblado habria si el estruendo oyera.

Como del mar en resonante playa
 las olas se suceden y amontonan,
 por el soplo del céfiro impelidas,
 y lentamente en alto se levantan
 hasta que rotas en las altas peñas
 enfurecidas braman, y en hinchado
 remolino á las puntas se subliman
 y de cándida espuma las coronan;
 lo mismo entónces las falanges griegas,
 una en pos de otra, sin cesar marchaban
 al combate. Regía cada jefe
 su propia escuadra; y los demás guerreros,
 en su mudo silencio demostrando
 reverencia y temor á los caudillos,
 sin hablar les seguian; ni dijeras
 que de los numerosos combatientes
 que en pos de ellos marchaban, uno solo
 la voz humana articular sabía.
 Y en torno de ellos el arnés bruñido,
 de que todos cubiertos caminaban,
 resplandecía en hórridos fulgores.

Marchaban los Troyanos, semejantes
 de ovejas al rebaño numeroso
 que en establo de rico ganadero,
 miéntras la blanca leche las ordeñan,
 balan y balan sin cesar si escuchan
 la voz de sus corderos. Tal se alzaba
 clamorosa confusa vocería
 en el campo anchuroso de los Teucros;
 porque siendo compuestas las escuadras
 de diversas naciones, ni uniforme
 era el sonido, ni la misma lengua
 hablaban todos, y en ingrato ruido
 sus variados dialectos se mezclaban.

Á los Troyanos el furioso Marte
 animaba á la lid; á los Aquivos
 la fuerte Diosa de brillantes ojos,
 Minerva. Y ambos campos recorrían

el Terror y la Fuga, y la Discordia,
 del homicida Marte compañera
 y hermana; la Discordia, que al principio
 es de corta estatura, pero luégo,
 creciendo lentamente, su cabeza
 en los cielos afirma, y con su planta
 huella la tierra, y en furor insano
 nunca se sacia de dañar. Y entónces,
 atravesando las espesas filas,
 en medio de ellas la obstinada lucha
 arrojó para todos luctuosa,
 y el afán aumentó de los guerreros.

Cuando ya las escuadras á encontrarse
 en su marcha vinieron, los escudos
 se entrechocaron, y en el aire alzadas
 se cruzaron las picas, y el aliento
 se mezclaba también de los armados.
 Y al oponer los cóncavos broqueles
 el uno al otro, inmensa vocería
 se alzó en el campo; y juntos resonaban
 del matador el insolente grito
 y el triste lamentar del moribundo,
 y de sangre la tierra fué inundada.
 Y como en el invierno dos torrentes,
 saliendo de abundosos manantiales
 y de altísima sierra derrumbados,
 sus espumosas resonantes aguas
 juntan del valle en el profundo seno,
 y á lo léjos el ruido estrepitoso
 oye el pastor desde las altas cumbres
 de los montes vecinos; tal se oía
 espantoso clamor en la llanura,
 cuando el choque empezó de las escuadras.

Fué Antíloco el primero que animoso
 á Equepolo mató, de los Troyanos
 valiente campeón y de Talisio
 esclarecida prole. Combatía
 este adalid en la primer escuadra;
 y adelantado Antíloco á la suya,
 la pica le tiró y en la cimera
 le hirió del morrion que sombreaba
 gracioso airon de crines de caballo,
 y le partió la frente. La afilada
 punta del bronce penetró en el hueso,
 y la tiniebla oscureció los ojos
 del infeliz Troyano, que en la arena
 en medio de los otros campeones
 cayó cual suele torreón soberbio.

No bien cayó por tierra, cuando el hijo
 de Calcodonte, Elefenor, el jefe

y Rey de los magnánimos Abantes,
 asíóle por los piés y le arrastraba
 léjos de la pelea, codicioso
 de quitarle sus armas; pero breve
 é inútil fué su arrojo. Porque viendo
 el valiente Agenor cómo arrastraba
 el sangriento cadáver, el costado
 que al inclinarse al suelo descubria
 desnudo del broquel, le hirió de cerca
 con un herrado hastil, y de la vida
 le despojó. En el polvo derribado
 el Rey Elefenor, luégo terrible
 combate se trabó por su cadáver
 entre Aquivos y Teucros; que furiosos
 cual lobos se embistieron, y mataban
 en ambos escuadrones los caudillos
 al guerrero que en suerte les cabia.

Entónces fué cuando mató el valiente
 Ajax de Telamón á Simoisio,
 hijo de Antemion, gallardo jóven
 á quien su madre en la frondosa orilla
 del Simois diera á luz cuando bajaba
 del Ida, adonde fuera con sus padres
 las ovejas á ver, y le llamaron
 por esto Simoisio. El infelice
 no llegó á edad en que pagar pudiera
 el amor á sus padres con que tiernos
 de su infancia cuidaron, y muy breve
 fué su vivir, que por la fuerte lanza
 de Ajax de Telamón fué derribado.
 Cuando Ajax vió que el animoso jóven
 contra él marchaba, le arrojó su pica,
 y en el pecho le hirió cerca del brazo
 derecho, y por el hombro la acerada
 punta pasando, y en la sangre tinta
 por la espalda saliendo, moribundo
 cayó en la arena el campeón Troyano.
 Como el álamo terso, que nacido
 de un lago caudaloso en la ribera,
 crece, y de espesa rama se corona
 su altiva frente, y llega el carretero
 y le corta con hierro fulminante,
 y de todas sus ramas le despoja
 para hacer de ellas las volubles pinas
 sobre que rueda el reluciente carro,
 y queda el tronco abandonado y seco
 del lago en la ribera; tal entónces
 Simoisio cayó, y el valeroso
 Ajax le despojó de su armadura.

Mas Antífo lo vió, fuerte guerrero

y del anciano Príamo nacido; y por encima de la hueste toda á Ajax tirando la acerada pica, errado fué su golpe; mas á Leuco (que era amigo de Ulíses, y valiente, y el cadáver á un lado retiraba) el cuerpo atravesó. De Simoisio al lado cayó Leuco, y el cadáver de la mano soltó. Pero en el alma Ulíses irritado por su muerte, atravesando las primeras filas de fulgente armadura revestido, marchó hácia el matador. Y cuando estuvo cerca ya, se paró; y á todas partes mirando entorno, su luciente lanza tiró. Retrocedieron los Troyanos cuando le vieron arrojar la pica, pero no en vano la arrojó. Viniera poco antes desde Abido, donde estaban las corredoras yeguas, Democonte, hijo también del Rey, pero bastardo; y éste fué á quien Ulíses, del amigo por la muerte irritado con su lanza hirió en la sien, y hasta la sien opuesta la punta penetró, y ambos sus ojos cubrió por siempre la tiniebla fría. Cayó, y al golpe retembló la tierra en derredor, y temeroso ruido sobre él hicieron al caer las armas, y cobardes huyeron los más fuertes adalides de Troya, y el famoso Héctor también retrocedió. Los Griegos grande alzaron clamor, y á sus escuadras retiraron los muertos, y ganando iban terreno; mas airado Apolo, desde Pérgamo viéndolos, en altas voces así decía á los Troyanos:

«¡Teucros valientes! embestid; no ahora cedais en la batalla á los Aquivos. »No es de piedra su campo ni de bronce, »ni invulnerable á las cortantes armas; »ni hoy Aquiles pelea, el valeroso »hijo de Tétis: roedor agravio devora, retirado á sus bajeles.»

Así el terrible Dios desde el alcázar gritaba de Ilion; pero á los Griegos aguijaba Minerva, por las filas corriendo adonde vía que aflojaban.

Entónces fué cuando la negra muerte

dentro su red aprisionó á Dióres, hijo de Amarinceo, que alcanzado de la pierna derecha en el tobillo con una grande piedra puntiaguda que le tiró el caudillo de los Tracios, Piroó, hijo de Imbrasio, ambos tendones y hasta los huesos la insolente piedra le hizo pedazos. En la arena el triste caído, á sus valientes compañeros ambas manos tendía desmayado; pero el mismo adalid que con la piedra le hiriera, corrió á él, y con la pica le abrió por medio el vientre y las entrañas todas en tierra derramadas fueron, y eterna sombra oscureció sus ojos.

Mas cuando alegre el matador volvía á sus legiones, le alcanzó Toante, jefe de los Etolos, con su lanza; y atravesando el pecho, en los pulmones el hierro se clavó. Corrió el Etole hácia el herido, y la robusta pica arrancó de su pecho, y desnudando la cortadora espada y por el medio abriéndole del vientre, de la vida le despojó. De las brillantes armas despojarle no pudo; que á su lado estaban sus valientes compañeros los Tracios, que la rubia cabellera sólo dejan crecer en la más alta parte de la cabeza y largas picas usan en las batallas. Y á Toante, por más que fuera corpulento, y fuerte, y valeroso, de su escuadra mucho alejaron; y el héroe hácia la suya, á la fuerza cediendo mal su grado, se retiró cejando lentamente.

Así tendidos en el polvo, cerca uno de otro, quedaron los caudillos de los fuertes Epeos y los Tracios, y á su lado otros muchos combatientes también murieron de las dos escuadras.

Y el campeón que sin estar herido por pica ó por espada recorriese las filas, conducido por la mano de Pálas, que las flechas alejara, cobardes no diría á los guerreros: porque de los Aquivos y Troyanos muchos en este choque sobre el césped, cerca uno de otro, derribados fueron.

LIBRO QUINTO

ARGUMENTO

Diomedes por Minerva protegido hace un cruel estrago enfurecido. No solo á los mortales hiere fiero, sino á Venus y á Marte dios guerrero. Quiere dar muerte á Eneas audazmente, y Apolo se lo lleva de repente.



ENTÓNCES fué cuando infundió Minerva á Diomedes, el hijo de Tideo, osadía y valor porque brillara entre los Griegos todos y este día gloria mucha alcanzase: y de su yelmo hizo y escudo que luciente llama saliera sin cesar. Como de otoño el astro centellea radiante, despues que se ha bañado en las cor- del Oceano; tal de su cabeza [rientes y sus hombros el héroe despedía inmenso resplandor, cuando la Diosa le inspiró que valiente penetrase por lo más recio de la gran batalla.

Hubo en Troya un varon esclarecido, Dáres llamado, rico y sacerdote de Vulcano, y por hijos á Fegeo y á Ideo tuvo, diestros campeones en toda suerte de armas y peleas; y entónces de su escuadra adelantados y en un carro subidos, á Diomedes salieron á encontrar, y él desde tierra á pié los esperó. Cuando estuvieron cerca del héroe, la robusta lanza Fegeo le tiró, que por encima del hombro izquierdo sin haberle herido

rápida se alejó. Lanzó la suya el hijo de Tideo, y por su diestra no fué en vano arrojada; que en el pecho hirió al valiente jóven, y del carro le derribó. Despavorido Ideo, saltó en la arena, abandonó el hermoso carro y huyó veloz; ni osó el cadáver defender del hermano, y si esperara, él muriera también. Pero Vulcano, de niebla oscura habiéndole cubierto, le sacó de la lid y compasivo la vida le salvó, porque no fuese la pena del anciano tan amarga. Cogió entónces del freno los bridones regocijado el hijo de Tideo y los dió á sus donceles, y á las naves mandó que los llevaran. Los Troyanos, cuando vieron que así de los dos hijos de Dáres, uno huía y otro muerto quedaba entre los carros, en tristeza cayeron y temor; y luégo Pálas al furibundo Marte de la mano asió, y le dijo en voces halagüeñas:

«¡Marte, Marte, enemigo de los hombres, »teñido en sangre, arruinador de muros; »¿No será, di, mejor que á los Aquivos